



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



VI – Muerte en el hamam **10 – Desgracia y revancha de Baïbars**

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



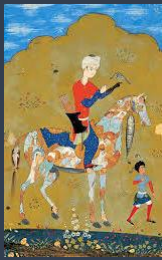
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

10 – Desgracia y revancha de Baïbars

De cómo Issa Ghâzi destituye a Baïbars y lo expulsa del Consejo, y de cómo Damietta, invadida por un rey franco, acompañado del maldito Yauán, deberá ser liberada...



A la mañana siguiente, el rey Issa Ghâzi se presentó en el Consejo, y tomó asiento en su trono, rodeado de la atención y el respeto de los grandes del reino y de sus dignatarios; naturalmente, el emir Baïbars estaba entre ellos. Baïbars fue a saludar al rey y a presentarle sus respetos, como de costumbre; pero, entonces, mientras iba a sentarse en su sitio de siempre, el rey le interrumpió:

- Vete a tu casa, emir –le increpó–. Quedas condenado a reclusión permanente en tu palacio, y destituido de todos tus cargos. Tu presencia en este Consejo es indeseable.

Por toda respuesta, Baïbars hizo una profunda reverencia, abandonó el salón, y volvió a su palacio, seguido de su hermano, de su sobrino y de sus lugartenientes. Mientras tanto, el rey Issa hizo que trajeran un soberbio caftán de honor, que puso sobre los hombros de Aïbak, nombrándole *sirdar askar*¹, el puesto que antes ocupaba Baïbars. Luego, proclamó una amnistía general y vivió días felices y despreocupados entre su esclavo favorito y su poeta cortesano; comiendo bien y bebiendo aún mejor.

[Ahora, el relato narra la expedición del *babb* Mangoberto contra Damietta².]

Tras haber destituido a Baïbars y haberlo echado de la corte, el rey Issa Ghâzi vivió un período de paz y tranquilidad, como ya hemos avanzado. Pero he aquí que, un día en el que se hallaba presidiendo su Consejo, rodeado de los dignatarios y los grandes del reino, y ocupándose de los asuntos del gobierno, escuchó de repente un gran tumulto que venía de la zona de Remeileh y el Qaramidân, al pie de la Ciudadela. Preguntó sobre lo que acontecía:

¹ Jefe de todo el ejército; es lo mismo que “seri askar”.

² El prototipo histórico de esta campaña es, evidentemente, la séptima cruzada, llevada a cabo por San Luis en 1249, y durante la que fue hecho prisionero. El “Baïbars” se inspira, en efecto, en la batalla de Mansurah; no obstante, en este episodio, se pueden hallar ciertas reminiscencias de la campaña de Egipto de Bonaparte (ver la siguiente nota).

- Es un grupo de gente de Damieta que lanzan gritos y lamentos –le respondieron–. Dicen que su ciudad ha sido tomada por el enemigo.

Al poco tiempo, una delegación se presentó ante el rey El-Mu’azzam Issa, para informarle de este acontecimiento con más detalle:

- Nosotros vivíamos en paz en Damieta –declararon–, cuando de pronto, fuimos atacados por el *babb* Mangoberto, rey de los valacos, que llegó acompañado del monje Yauán y de su fámulo Bartacûsh, seguidos de un inmenso ejército. Tomaron Damieta al asalto, la saquearon, y masacraron a buena parte de la población. Nosotros conseguimos escapar y hemos venido hasta aquí, perseguidos muy de cerca por las tropas invasoras, que ahora mismo se hallan sitiando Mansurah.

Y el narrador prosiguió de esta manera...

Cuando escuchó todo esto, el rey Issa sufrió un ataque de violento terror y comenzó a temblar de pies a cabeza.

- ¡Ay, Dios mío! –se lamentaba el rey, dirigiéndose al visir Shâhîn– ¡Van a llevarse a mi pequeño Janantum y nunca más le volveré a ver!

- No te preocupes, oh rey –respondió Shâhîn disimulando una sonrisa–. ¡Vamos a luchar contra ese perro de Mangoberto, y vamos a darle ojo por ojo, y diente por diente!

Al instante, ordenó que atacaran al enemigo. Inmediatamente, sonaron las trompetas y las tropas se pusieron en marcha, olvidando por completo, ante el pánico generalizado, proveerse de víveres y de forraje para los caballos; de modo que, cuando avistaron al enemigo, tras un largo recorrido por en medio de los campos, aparecieron muertos de hambre y cansancio, y con los caballos extenuados. Los francos, advertidos de su llegada, cargaron contra ellos sin perder tiempo, y con los caballos bien nutridos y descansados; les rodearon por todas partes, cargando contra los musulmanes a lanzazos y golpes de espada; al cabo de una hora, el ejército de Egipto puso pies en polvorosa y volvió, derrotado, con las orejas gachas, y con el enemigo pisándole los talones, y empujándoles a punta de espada, hasta Embabeh¹.

Cuando supo de este revés, el rey Issa Ghâzi perdió la cabeza por completo, y ya se veía muerto con su esclavo favorito.

- Te lo suplico, visir –gimoteaba el rey–; busca un medio de sacarnos de este conflicto; ¡tú, padre de todos los visires y preceptor de reyes! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Van a matar a mi pobre Janantum!

- El único que aún puede salvar esta situación, es el visir Baïbars –afirmó Shâhîn–. Es un consejero sagaz y entregado por completo al Estado musulmán; en fin, que jamás ha

¹ Barrio de El Cairo en el que, siglos más tarde, Bonaparte libraría la llamada Batalla de las Pirámides.

perdido una batalla. Además, tu difunto padre le profesaba una gran amistad. ¡Ay; no estuviste nada bien aconsejado cuando le destituiste! ¡Tu majestad nunca debió prestar oídos a las calumnias de Aïbak y de Qalaûn! ¡Unos hipócritas y envidiosos!

- Escucha, sólo tú eres capaz de enderezar este problema: vete a buscarle, preséntale mis excusas, y tráele aquí para reconciliarnos y hacer borrón y cuenta nueva del pasado. Y, sobre todo, dile que estoy dispuesto a darle lo que quiera y que ¡jamás le llevaré la contraria en nada de nada!

El visir se presentó enseguida en el Puente de los Leones¹, en donde se hallaba el serrallo de Bâdis El-Subki. Al llegar, encontró a Baïbars y a sus hombres montando guardia alrededor del barrio, armados de pies a cabeza, como una muralla de acero.

- Mientras yo viva –decía Baïbars a los habitantes del barrio–, no tenéis nada que temer de los enemigos.

En esto, divisó al visir Shâhîn que estaba llegando a la entrada de la callejuela; se adelantó hasta él y le dio la bienvenida.

- Hijo mío –le expuso el visir–; me consta que tú eres un hombre de gran corazón; valiente y caballeresco. ¿Es que no te has dado cuenta de que nos asedian los enemigos, y de que están a punto de tomar El Cairo, saquear sus riquezas, masacrar a los hombres y reducir a la esclavitud a mujeres y niños?

- Yo estoy velando por la seguridad de mi barrio –objetó Baïbars–. Mis hombres y yo lo defenderemos y no permitiremos que se acerque enemigo alguno.

- Y mi palacio, mis bienes, mis hijos... ¿Es que te desentendes de todos ellos? –prosiguió el visir.

- De acuerdo; también estará tu palacio bajo mi protección.

- ¿Y qué me dices del resto de los habitantes de El Cairo, hijo mío? ¿Acaso no son también tus hermanos en el Islam? ¿Dejarás que los enemigos los degüellen y saqueen en tus narices?

- Oye, ¿y qué tal si me dijeras exactamente adónde quieres ir a parar? Sabes que yo no dejaré de seguir tus consejos.

- Simplemente, querría que vinieras conmigo e hicieras las paces con el rey para que nos unamos todos contra el enemigo, porque si no, esos perros van a conquistar todo el país y a aniquilar el Estado de los musulmanes; algo que nos deshonraría para siempre. No puedes abandonarnos a nuestra suerte; eso sería contrario, tanto a las exigencias de la estricta razón, como a las prescripciones de la Ley divina. Y, por otra parte, tú sabes bien que yo...

¹ Ese puente, que todavía existe en la actualidad, fue construido por Baïbars que, también rehabilitó todo el barrio (Ver *Los bajos fondos de El Cairo*).

- Tus palabras son justas, y no tengo nada que objetar; sin embargo, yo no me presentaré ante Issa Ghâzi...

[Aquí, el manuscrito presenta una laguna que las otras versiones del “Baïbars” no han permitido completar. Así que jamás sabremos lo que acabó pasando entre el terrible Mangoberto y Baïbars; de lo que no cabe duda es de que Mangoberto, totalmente derrotado, tuvo que retirarse humillado a su Valaquia natal, desde donde seguro que tramaría, en la sombra, tenebrosos designios. En otro momento nos encontraremos con este personaje. Tampoco sabemos nada acerca del final del rey Issa Ghâzi; al que podemos suponerle una muerte miserable y poco edificante, al igual que a ese pobre y desgraciado príncipe alzado, a pesar suyo, a un trono en el que no tenía nada que hacer; manipulado por los unos, maltratado por los otros, y despreciado por todo el mundo.

Una vez que nos hemos despedido de Issa Ghâzi, “como si hubiera sido ayer, para no volver a este mundo”; el trono pasó a su medio hermano, Jalîl El-Ashraf. Jalîl es un muchachito encantador, al que le gusta que le estén contando, día y noche, hermosas historias, porque “le horroriza ir a acostarse”. Nos le imaginamos alegre, despierto y simpático, y nos gustaría predecirle un reinado largo y dichoso, que bien merecería. Pero, todos sabemos por anticipado, que no será así: pronto morirá, y nada podrá salvarlo, pues así estaba escrito, desde el principio de los tiempos, por Aquel que marca el designio de todas las cosas.

En verdad, un destino patético, el de esos “reyes malditos”, cuya ascensión al trono, tanto si la han deseado, como si no, es la firma de su propia sentencia de muerte. También la de Aïbak que, dadas las circunstancias, no es la más lamentable: instrumento ciego de un destino que manipula sus más bajos y malvados instintos para conseguir sus fines, Aïbak, miserable y abocado a un final ignominioso, no conocerá más que un breve reinado.

Pero no anticipemos más: por el momento, Jalîl y Aïbak todavía están vivos, aunque en una situación crítica. Cierta rey franco (llamado Abd El-Salîb, como buena parte de los reyes francos que aparecen en el “Baïbars”, lo que hace imposible su identificación) ha desembarcado en Yaffa, probablemente con objeto de reconquistar Jerusalén; la expedición, lógicamente, está capitaneada por el terrible Yauán, que se ha asegurado la ayuda de un tremendo aventurero franco, llamado Marín (como las otras tres cuartas partes de los aventureros francos que en el “Baïbars” se llaman Martín). También nos encontramos con Baïbars, que ha recobrado su puesto de jefe del ejército, sustituyendo de nuevo a Aïbak, llegando a Palestina para repeler la invasión. Jalîl, cuya edad no le impide ser un muchacho valeroso, también está en esta expedición. Los dos ejércitos de enfrentan cara a cara. Y allí, la suerte queda echada: Baïbars y el joven Jalîl resultan heridos en circunstancias que no hemos podido averiguar, excepto el hecho de que el terrible Marín estaba allí por algo, y que los jefes del ejército regular, que, como todos sabemos, solo son buenos para conspirar unos contra otros, andaban únicamente empujando el codo.

Pero no seamos demasiado pesimistas: en alguna parte, allá en el horizonte, los vigilantes isma'ílies llegarán al galope, cabalgando sobre sus pura-sangre.]

